

INSTITUCIÓN - INSTITUCIÓN - BIBLIOTECA
INDICACIONES
PRECIO: 9.299 -

IAN KERSHAW

Decisiones trascendentales

De Dunquerque a Pearl Harbour
(1940-1941)
El año que cambió la historia

TRADUCCIÓN DE ANA ESCARTÍN


EDICIONES PENÍNSULA
BARCELONA

© Ian Kershaw, 2007.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición: abril de 2008.

© de la traducción: Ana Escartín Arilla, 2008

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U.,

Ediciones Península,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
correu@grup62.com
grup62.com

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición

LIMPERGRAF, S.L. · impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 12.938-2008.

ISBN: 978-84-8307-823-5.

CONTENIDO

<i>Listado de ilustraciones</i>	9
<i>Listado de mapas</i>	11
<i>Agradecimientos</i>	17
<i>Dramatis personae</i>	21
<i>Prólogo</i>	31
1. Londres, primavera de 1940 Gran Bretaña decide seguir combatiendo	41
2. Berlín, verano y otoño de 1940 Hitler decide atacar la Unión Soviética	93
3. Tokio, verano y otoño de 1940 Japón decide aprovechar la «oportunidad de oro»	138
4. Roma, verano y otoño de 1940 Mussolini decide llevarse su parte	186
5. Washington D.C., verano de 1940-primavera de 1941 Roosevelt decide echar una mano	253
6. Moscú, primavera-verano de 1941 Stalin decide que él sabe más	327
7. Washington D.C., verano-otoño de 1941 Roosevelt decide librar una guerra no declarada	395
8. Tokio, otoño de 1941 Japón decide ir a la guerra	437
9. Berlín, otoño de 1941 Hitler decide declarar la guerra a Estados Unidos	500
10. Berlín/Prusia Oriental, verano-otoño de 1941 Hitler decide matar a los judíos	561
<i>Epílogo</i>	611
<i>Notas</i>	629
<i>Bibliografía</i>	731
<i>Índice onomástico</i>	755

EPÍLOGO

Las cosas *podrían* haber sido de otra manera. El Gobierno británico *podría* haber optado en mayo de 1940 por tratar de lograr una resolución negociada con Hitler. Los dirigentes germanos *podrían* haber centrado su ataque en el Mediterráneo y el norte de África, y no en la Unión Soviética. Japón *podría* haber decidido salir del nada favorable atolladero de China y no embarcarse en la arriesgada expansión hacia el sur. Mussolini *podría* haber esperado a conocer el desarrollo de los acontecimientos antes de decidir si merecía la pena llevar a su país a la guerra, o en cualquier caso *podría* haber evitado el desastre de Grecia. Roosevelt *podría* haberse alineado con los aislacionistas y no haber corrido el riesgo político derivado de ayudar a Gran Bretaña y seguir avanzando hasta el borde de la intervención en la guerra. Stalin *podría* haber prestado atención a las numerosas advertencias recibidas y haber preparado mejor a su país para hacer frente a la ofensiva alemana. Los japoneses *podrían* haber atacado la Unión Soviética desde el este mientras los alemanes seguían avanzando desde el oeste. Hitler *podría* haberse abstenido de declarar la guerra a Estados Unidos, un enemigo al que no sabía cómo derrotar.

En teoría éstas eran todas opciones alternativas. Cualquiera de ellas podría haber alterado el curso de la historia. Una rica variedad de imaginarios escenarios de «*what ifs*» podrían construirse sobre esa base, como forma inofensiva aunque vana de desviarse de la verdadera pregunta de qué sucedió y por qué. Los capítulos precedentes han demostrado en cada caso por qué tales alternativas fueron descartadas.

Una de las propuestas más viables fue la de que Gran Bretaña tantease el terreno en busca de una paz negociada en primavera de 1940. Dado el contexto inmediato de la catástrofe militar en Francia, junto con la conocida disposición de algunas figuras de la clase dirigente británica—incluido, en el corazón mismo del Gobierno, el secretario de Exteriores, lord Halifax—a plantearse ese desenlace y la relativamente débil posición del nuevo primer ministro, Winston Churchill, en ese momento, aquella propuesta no podía ser rechazada de plano.

Sin embargo, cuando tres días de debate en el Gabinete de Guerra desembocaron finalmente en la firme decisión de seguir combatiendo, se hizo sobre la base de un argumento razonado, encabezado por Churchill pero asumido como decisión colectiva por parte de todos los afectados, incluido Halifax.

En el otro extremo del espectro, la decisión de Hitler de atacar la Unión Soviética y la resolución japonesa de expandirse hacia el sureste asiático fueron elecciones en las que las alternativas tenían sólo una ínfima posibilidad de ser aceptadas, o incluso escuchadas.

Durante cerca de veinte años, Hitler había considerado la guerra contra la Unión Soviética en algún momento como un factor crucial para el futuro de Alemania. Aquélla era su guerra. Él habría querido emprender esa decisiva confrontación con la ayuda de Gran Bretaña, o al menos su aquiescencia. Si ésta se hubiera rendido en 1940, seguramente el ataque habría seguido adelante bajo esas condiciones. Pero tal y como fueron las cosas, Hitler tuvo que aceptar el hecho de que Gran Bretaña seguiría siendo hostil. Sin embargo, lejos de reducir la apuesta del dictador alemán por la guerra en el este, y en el futuro inmediato, aquella circunstancia la intensificó aún más. Y es que en 1940-1941 la obsesión ideológica de Hitler acabó fusionándose con una serie de consideraciones militares y estratégicas para dar lugar a la decisión de la invasión. Durante años el dictador había estado justificando la necesidad de expandirse sin demora con el argumento de que el tiempo corría en contra de Alemania. Ahora podía defender ese argumento con todas sus fuerzas. Hitler era consciente de que a partir de 1942 las armas y los recursos estadounidenses inclinarían la balanza a favor de Gran Bretaña, y él todavía no tenía los medios para combatirlos. Entre tanto, en Europa central y oriental preveía claramente el surgimiento de una futura amenaza soviética a la hegemonía alemana (y su idea se vio confirmada con lo que pudo escuchar cuando Molotov visitó Berlín en noviembre de 1940).

La preferencia de los líderes militares alemanes por dar prioridad al norte de África y al Mediterráneo dejaba indiferente a Hitler. Dada la naturaleza del régimen alemán, no había posibilidad de que una alternativa basada en tales premisas pudiese rebatir la estrategia defendida por su líder. Desde el punto de vista del dictador, la decisión de atacar la Unión Soviética—una empresa a la que él aspiraba por motivos ideológicos—le vino impuesta por razones estratégicas. Tenía que lograr la victoria en el este antes de que Stalin pudiera reforzar sus de-

fensas y de que los norteamericanos entraran en la guerra. El triunfo rápido sobre la Unión Soviética constituía el camino hacia la victoria completa en la guerra, al forzar la rendición de Gran Bretaña, mantener a los estadounidenses al margen y destruir cualquier base para el futuro desafío soviético a la dominación en Europa central y los Balcanes.

La decisión de Japón de proseguir con la expansión hacia el sur fue igual de inflexible, y era equiparable a su intransigencia en torno a la guerra en China. Desde la perspectiva japonesa no existía ninguna alternativa viable. El atolladero de China no permitía una retirada sin sufrir una humillación nacional. Cuanto más inflexibles se mostraban los estadounidenses con respecto a China, más se estancaba la situación. Al mismo tiempo, la apuesta por la expansión para consolidar la posición de Japón como gran potencia, con la extensión de su dominio para proporcionar bases duraderas que asegurasen su supremacía en Asia, había calado en todos los sectores de la élite, especialmente en el Ejército y la Armada, y contaba con el estridente apoyo de la opinión pública, basado en un consenso convenientemente confeccionado. No se podía dar marcha atrás en aquella apuesta. Y el riesgo era enorme. La expansión hacia el sureste asiático llevaría inexorablemente a la confrontación no sólo con Gran Bretaña, sino, lo que era aún más importante, con Estados Unidos en el Pacífico. La extremada dependencia japonesa respecto de Estados Unidos por la necesidad de materias primas, especialmente petróleo, incrementaba enormemente el riesgo. Sin embargo, sin el petróleo de las Indias Orientales neerlandesas para sustituir al norteamericano nunca podría lograrse la autosuficiencia económica, considerada esencial para mantener la categoría de gran potencia. Japón seguiría padeciendo siempre una precaria situación de dependencia con respecto a Estados Unidos. Así, cuando la agitación provocada en Europa por la victoria alemana sobre Francia les proporcionó la que fue interpretada como la oportunidad de oro, ningún sector de la élite de poder se opuso a ello. El Gobierno japonés optó de forma colectiva por la expansión imperialista, a pesar de los riesgos.

Cuando, después del ataque alemán a la Unión Soviética, se planteó durante un brevísimo espacio de tiempo una opción alternativa, ésta fue la expansión hacia el norte contra el viejo enemigo ruso. Incluso en ese caso, el avance hacia el sur sólo se habría aplazado un tiempo. Cuando aquella alternativa fue rechazada por entenderse que

el ataque en el norte era demasiado prematuro como para estar seguros de obtener beneficios, el avance hacia el sur—defendido por las figuras dominantes tanto de la Armada como del Ejército de Tierra—quedó definitivamente ratificado. El choque con Estados Unidos se volvería entonces inevitable. Aunque los dirigentes japoneses eran conscientes de que aquel choque acabaría muy probablemente en un desastre nacional si no se lograba rápidamente la victoria, su sentido del prestigio ya no les permitía echarse atrás, ni respecto a la expansión hacia el sur ni respecto a la guerra de China. No sólo Pearl Harbor, sino también el camino hacia Hiroshima y Nagasaki se vislumbraban ahora en el horizonte.

Los colosales riesgos que tanto Alemania como Japón estaban dispuestos a asumir tenían su origen último en la interpretación que hacían las élites de poder de ambos países del imperativo de expansión para lograr el imperio y superar su supuesta condición de naciones desposeídas. La hegemonía imperialista de Gran Bretaña y el poder internacional (aun sin imperio formal) de Estados Unidos constituían un serio desafío. Dada la necesidad de hacer frente con la mayor urgencia a la creciente desigualdad económica, sobre todo al poderío material cada vez mayor de Estados Unidos, que con el tiempo no podía sino obrar en contra de las naciones desposeídas, la búsqueda de la supremacía como fundamento del poder nacional no podía aplazarse. Ésta era la base de la argumentación, aceptada por las élites de poder en Alemania y Japón, para asumir unos riesgos tan sumamente elevados que se llegaba a poner en juego la propia supervivencia nacional. La dominación económica de la masa continental euroasiática por Alemania y del sureste asiático por Japón habría acabado erosionando, como reconocían los analistas norteamericanos, la posición de Estados Unidos como potencia mundial. Eso era seguramente lo que se suponía en Berlín y Tokio. Desde la perspectiva de los dirigentes alemanes y japoneses, había que arriesgarse.

Era igualmente el sueño imperial, aunque con una visión menos pretenciosa, el que sustentaba las ambiciones de Mussolini. También él estaba decidido a superar unas desventajas que la élite italiana tenía a achacar a la debilidad del país en tanto que nación desposeída. Las cruciales decisiones de 1940 estuvieron condicionadas por ese imperativo. En verano de 1940, cuando la victoria final de Alemania parecía inminente, la beligerancia de Mussolini logró llevarse a su terreno a las élites dirigentes italianas (incluido el rey), pese a la existencia

de algunos temores. Las ventajas de sumarse a una guerra aparentemente ya ganada compensaban al parecer los riesgos de verse envueltos en un conflicto para el que Italia estaba muy mal preparada.

En el caso de la catastrófica decisión de atacar Grecia, las élites estaban divididas. Los líderes militares actuaron con cautela, conscientes de los riesgos que entrañaba. Pero la oposición se mostró cuando menos débil, y Mussolini pudo contar con su conformidad, cuando no con su entusiasmo. Alentado por Ciano, su ministro de Exteriores, el Duce vio en los Balcanes, y en particular en Grecia, la oportunidad de crear un imperio italiano y de demostrar al mismo tiempo a Hitler que no estaba obligado a arrastrarse tras su estela. En este caso también el prestigio desempeñó un papel importante a la hora de exponerse al desastre. Sin embargo, la decisión de invadir Grecia era de esperar. En última instancia también estaba prefigurada en las viejas ambiciones italianas—encarnadas por Mussolini—de unirse a las naciones prósperas y convertirse en una «gran potencia» imperialista.

Las opciones de Stalin quedaron drásticamente reducidas debido a su sorprendente torpeza a la hora de evaluar las intenciones alemanas. Y dada la indiscutible supremacía de Stalin dentro del régimen soviético, sus errores de cálculo—como sucedía con los de Hitler y Mussolini—eran los errores de todo un sistema. Sus sospechas paranoides, desde hacía ya tiempo un componente inherente a su mandato, lo hacían desconfiar de unos rigurosos informes de la inteligencia y al mismo tiempo creer, contra toda lógica (porque confirmaba su propia percepción), la deliberada desinformación alemana. En medio del clima de miedo y sospecha que dominaba el régimen, Stalin también se creyó las distorsionadas valoraciones realizadas por los encargados de filtrar esos informes, víctimas a su vez de la suposición ideológica general de que las democracias occidentales tenían interés en fomentar la guerra entre Alemania y la Unión Soviética, una idea alimentada por la eficaz campaña alemana de desinformación. El convencimiento de Stalin de que Alemania no emprendería el ataque antes de ofrecer un ultimátum con una serie de severas demandas—tal vez un nuevo «Brest-Litovsk»—y de que tendría tiempo suficiente para acabar de reforzar al Ejército Rojo (que se había visto seriamente debilitado por las purgas que él mismo había llevado a cabo unos años antes) lo llevó a hacer caso omiso de todas las advertencias y a amonestar a sus cada vez más preocupados consejeros militares, con consecuencias catastróficas. Los consejeros, a su vez, estaban seguros, se-

gún manifestaban en sus apologías de posguerra, de que Stalin habría podido, aun a riesgo de provocar a los alemanes e incluso con el frenético programa de rearme todavía sin completar, movilizar a las defensas soviéticas para que estuvieran listas para responder ante cualquier invasión. No obstante, el planteamiento estratégico de los líderes militares soviéticos en el que confió Stalin era muy deficiente. El despliegue de las defensas soviéticas no en la frontera, sino en formaciones situadas mucho más al interior, habría evitado la rápida demolición de las fuerzas de primera línea en el inmediato ataque alemán y proporcionado las bases para emprender contraofensivas bien organizadas. De ese modo se habría evitado el primer gran avance de la Wehrmacht. Sin embargo, la estrategia militar se había basado durante mucho tiempo en el principio de la acción ofensiva como mejor forma de defensa. Esto, unido a la nefasta confianza de Stalin en su propio criterio, llevó a la Unión Soviética al borde de la catástrofe el 22 de junio de 1941.

También las opciones de Roosevelt parecen más amplias en teoría de lo que lo eran en la práctica. Sus iniciales inclinaciones aislacionistas en política exterior estaban retrocediendo rápidamente a finales de los años treinta, cuando la belicosidad alemana y japonesa amenazaba cada vez más la paz mundial... y los intereses de Estados Unidos. El presidente tenía que lidiar con el sentimiento aislacionista en el interior del país, y cada vez más en el Congreso. Pese al ruidoso y discordante clamor emitido por la minoría aislacionista, ésta carecía de seguidores dentro de la Administración. Entre los consejeros del presidente—unos más beligerantes, otros más cautos—había unanimidad con respecto a la urgente necesidad de rearmarse y reforzar las defensas estadounidenses. Pronto quedó ampliamente admitida también la exigencia—de nuevo en interés de Estados Unidos—de apoyar la campaña bélica británica y de demostrar una firmeza absoluta frente a la agresión japonesa en Extremo Oriente. Sobre la base de tales premisas, el pacto de los destructores, el programa de préstamo y arriendo, la Carta del Atlántico, la «guerra no declarada» en el Atlántico y los inflexibles «Diez Puntos» de Cordell Hull—interpretados por Japón como un ultimátum—fueron consecuencias lógicas, bastante previsibles dentro de la línea de actuación escogida. En otoño de 1941, el desenlace más obvio, con o sin declaración formal, era la guerra en el futuro próximo contra Japón y Alemania.

Cuando la acción de Japón eximió a Roosevelt de la necesidad de

tomar la decisión de arriesgarse a que la declaración de guerra fuera sometida a votación en el Congreso, quedó claro que la confrontación abierta con Alemania—todavía vista en Washington como el peligro más grande—no se retrasaría mucho más. Y de nuevo, la rápida decisión de Hitler de declarar la guerra a Estados Unidos volvió a librar a Roosevelt de tener que tomar una difícil decisión sobre táctica política. Sin embargo, lejos de constituir un arbitrario y desconcertante ejercicio de irracionalidad, tal y como se ha interpretado con frecuencia, aquella decisión tenía una clara lógica interna desde el punto de vista de Hitler. Estados Unidos era desde hacía mucho tiempo un adversario con el que Hitler sabía que Alemania tendría que enfrentarse tarde o temprano. En otoño de 1941, sus opciones quedaron reducidas a una sola pregunta: cuándo abrir las hostilidades. Pearl Harbor le ofreció la que parecía una oportunidad de bajo riesgo. El establecimiento de nuevos lazos más vinculantes con un aliado aparentemente indomable proporcionaba la ocasión de anticiparse a lo inevitable y declarar la guerra con el fin de invertir la posición de Norteamérica en el Atlántico mientras ésta tenía las manos ocupadas en el Pacífico.

En el transcurso de los meses siguientes, Hitler había encargado la puesta en práctica de la «solución final», destinada a acabar con la existencia de los judíos en Europa. A medida que la guerra se había ido ampliando, sin probabilidades de una inminente victoria alemana, esta «solución final» se fue asentando como inexorable desenlace de una creciente persecución nazi que iba adquiriendo un carácter cada vez más nítidamente genocida. En la raíz de la tragedia judía se encontraba la obsesión ideológica nazi, defendida por Hitler con más fervor que nadie, de «eliminar» a los judíos para «limpiar» la nación alemana y allanar el camino hacia un «nuevo orden» racialmente puro en Europa que acabaría con la secular preeminencia de los valores y creencias judeocristianos. En este sentido, en 1941, lo único que quedaba por decidir eran los métodos y el lugar de los asesinatos. Las alternativas se habían reducido entonces a las técnicas y la organización del exterminio en masa.

Las cruciales decisiones que se tomaron no estaban predestinadas ni eran inexorables. Sin embargo, sí que eran reflejo del tipo de sistema político que las produjo.

Los sistemas autoritarios de signo fascista tomaron las decisiones más dinámicas, pero también las más catastróficas. Tanto en Alemania como en Italia se habían instaurado regímenes altamente personalistas

en los que la toma de decisiones correspondía a unos líderes todopoderosos. Éstos podían confiar en el respaldo—o al menos en la obediencia aquiescencia—de todos los sectores de la élite de poder. Su supremacía también se sustentaba en la aclamación plebiscitaria de las masas, confeccionada y manipulada gracias a la elevada toxicidad de una propaganda incesante y una implacable represión de las opiniones discrepantes. En estos sistemas, los dirigentes podían prestar atención o no a las advertencias, pero se reservaban el derecho—considerado como prerrogativa del líder—a decidir en solitario. En términos gubernamentales, eso suponía un extraordinario grado de libertad, aunque sembrado de peligros igual de extraordinarios, con la posibilidad inherente de cometer un error catastrófico.

La libertad de acción de Hitler se había ido sacudiendo poco a poco las limitaciones institucionales desde su llegada al poder en 1933. Cuando estalló la guerra esa libertad era prácticamente absoluta. No quedaban ni tan siquiera los restos de un gobierno colectivo. El Gabinete del Reich había dejado de reunirse. Las Fuerzas Armadas estaban directamente bajo control de Hitler. Todos los organismos esenciales del régimen, fundamentalmente el aparato de represión, estaban liderados por fieles partidarios de Hitler. Incluso los sectores de las élites de poder alemanas que no compartían enteramente la cosmovisión hitleriana defendían las partes de la misma que propugnaban la expansión, la conquista y el establecimiento de la hegemonía continental de Alemania a costa de unos pueblos brutalmente sometidos, especialmente los de Europa oriental. Aquellos sectores habían compartido los triunfos de Hitler, sobre todo la extraordinaria victoria sobre Francia en 1940, y pese a los recelos que internamente pudieran albergar, no estaban en condiciones de oponerse a la ampliación lógica de su gran apuesta: la guerra contra la Unión Soviética y después contra Estados Unidos.

La posición interna de Mussolini era por naturaleza menos fuerte que la de Hitler. No era jefe del Estado, y la lealtad del Ejército estaba depositada en el rey, no en el Duce (lo que demostró tener una importancia crucial en 1943). Aun así, su preeminencia interna era incuestionable. Controlaba todos los ministerios importantes del Estado. El Partido le garantizaba lealtad y constituía el principal conducto del culto al Duce, el cual, análogamente al culto al Führer en Alemania, había contribuido a establecer una supremacía personal que hizo que la toma arbitraria de decisiones se convirtiera en componente intrín-

seco del sistema fascista. Las cruciales decisiones de entrar en la guerra y, después, de invadir Grecia sin estar preparados para ello, fueron, al igual que las desastrosas decisiones de Hitler—que se tradujeron en un inmenso sufrimiento y un terrible derramamiento de sangre para su propio pueblo—, decisiones libres de un individuo todopoderoso, y al mismo tiempo pre-programaron sistemáticamente los desastres que estaban por llegar.

El sistema japonés compartía muchas características con los regímenes del fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, aunque también presentaba diferencias significativas. En este caso, no había un único individuo que se ocupara arbitrariamente de la toma de decisiones. De hecho, de los seis sistemas examinados, éste constituía en muchos aspectos la forma de gobierno más claramente colectiva. El emperador era algo más que una figura decorativa, aunque no tenía poderes dictatoriales, o genuinamente regios, para imponer decisiones a su país. Y tampoco lo pretendía; él daba siempre su respaldo—en ocasiones sin mucho convencimiento, o incluso con miedo—a las decisiones de su Gobierno. La autoridad imperial sólo seguía vigente en el hecho de actuar como último recurso del consenso del régimen, no en la posibilidad de arriesgarse a una confrontación con su Gobierno, y mucho menos con sus Fuerzas Armadas. No en vano, el talón de Aquiles del sistema era precisamente la posición de los militares. Sometidas según la Constitución solamente al emperador, las Fuerzas Armadas gozaban de un alto grado de autonomía para determinar la política nacional. Los ministros que se ponían en contra de los militares no tardaban en ser destituidos... o asesinados. El primer ministro, por tanto, tenía que actuar en gran medida a instancias de las fuerzas dominantes en el Ejército y la Armada. Éstas, a su vez, en el que constituía un rasgo singular del sistema japonés, estaban fuertemente influidas por las opiniones que se filtraban desde abajo, procedentes de una serie de facciones con base en los estratos intermedios de los cuerpos de oficiales.

Pero en realidad, la presión desde abajo operaba dentro del marco de los parámetros ideológicos fijos de la búsqueda de la grandeza nacional basada en la expansión, la conquista y la dominación. La estrategia y la táctica que conducirían a tales objetivos podían provocar acalorados debates, pero los objetivos en sí mismos no se discutían. Todos los integrantes del Gobierno estaban por tanto aferrados a los mismos inflexibles fines. Y, al igual que sucedía en Alemania e Italia, el

prestigio nacional tenía una presencia desmedida en la toma de decisiones cruciales. Cualquier cosa que sonara a deshonra tenía garantizado un unánime rechazo. En última instancia, pues, la toma colectiva de decisiones en Japón funcionaba de forma similar al patrón individualista de Alemania e Italia. Había una propensión inherente a correr un elevadísimo riesgo en lugar de refugiarse en un acuerdo considerado humillante que socavara los objetivos ideológicos centrales y proyectara una imagen de debilidad nacional, y no de fuerza.

La apuesta de Stalin de que Hitler no atacaría en 1941 era de naturaleza diferente, pero aquel gravísimo error de apreciación también era reflejo de su sistema de gobierno. En su caso, como en el de la Alemania de Hitler, la personalidad del mandatario se había convertido en un factor determinante del propio sistema. El terror y las purgas habían socavado la estabilidad burocrática y la eficiencia militar. Las instituciones de gobierno colectivo, como en Alemania, llevaban tiempo sometidas a un proceso de erosión. La más importante de ellas, el Politburó, se reunía cada vez menos en los últimos años, y cuando lo hacía, no era más que como vehículo del poder personal de Stalin. El miedo, la intimidación, la adulación y la exaltación prevalecían incluso en los niveles más altos del régimen, lo que implicaba que no existiera réplica alguna al criterio de Stalin. También aquí, pues, el mandatario contaba con una autonomía poco corriente en la toma de decisiones, incluso entre los propios regímenes autoritarios.

El contraste con los dos sistemas democráticos, el de Gran Bretaña y el de Estados Unidos, era enorme. En éstos, dada la existencia de una duradera y bien engrasada maquinaria burocrática de gobierno que enmarcaba las decisiones estratégicas de los dirigentes y permitía el cálculo racional de riesgos y ventajas, había poco margen para la toma arbitraria de decisiones. Sin embargo, existían divergencias en la forma en la que tales sistemas operaban.

El Gabinete de Guerra británico era en mayo de 1940 un auténtico colectivo, aunque existían diferencias en cuanto al peso de sus miembros. Las opiniones de Churchill venían respaldadas por la categoría que le otorgaba el cargo de primer ministro. Pero él era nuevo en su puesto, y en aquel momento era observado con escepticismo cuando no con total desaprobación por algunas personas, incluso dentro de su propio partido (que todavía no encabezaba). No podía determinar la línea de actuación, y tenía que admitir la influencia todavía destacada de dos pesos pesados de la anterior Administración, Cham-

berlain y Halifax, en tanto que los dos miembros laboristas, Attlee y Greenwood, no gozaban por el momento de un gran prestigio. Churchill logró imponerse gracias a unos sólidos argumentos y a una fuerte personalidad. Incluso en medio de aquella gravísima situación, la decisión nació de un debate racional. Halifax y Chamberlain, al igual que Churchill, habían presentado cálculos razonados. Los parámetros ideológicos estaban tan claros como en el caso de los sistemas totalitarios, y contaban con el acuerdo de todos, pero eran de naturaleza defensiva: mantener la independencia de Gran Bretaña como nación y preservar su imperio. Churchill y Halifax sólo diferían en la forma de alcanzar dichos objetivos. Al final del debate, Halifax no puso objeciones a la decisión alcanzada, aunque fuera en contra de su sugerencia personal. La posición de Churchill, basada en la explotación propagandística del «milagro de Dunquerque», se iba consolidando cada vez más. Su preeminencia dentro del Gabinete pronto quedó asegurada. Y dado que también controlaba el Ministerio de Defensa, la balanza se inclinaba a favor del primer ministro y se alejaba de un gobierno auténticamente colectivo. Los rasgos de su personalidad lo empujaban a una frecuente intervención (o injerencia) en asuntos militares, para gran irritación de sus jefes del Estado Mayor y sus comandantes. No obstante, su sentido de la responsabilidad colectiva de gobierno permaneció intacto. En su reunión en la bahía de Placentia en agosto de 1941, Roosevelt se quedó sorprendido por la necesidad que sentía Churchill de contactar con sus colegas de Gabinete en Londres para buscar su aprobación a lo que estaba haciendo. Algunos de los colegas de Gabinete del presidente ni siquiera sabían dónde se encontraba Roosevelt en aquel momento.

El sistema presidencial de Estados Unidos, a diferencia de la modalidad británica de gobierno, no se basaba en la responsabilidad colectiva por las decisiones adoptadas. El Gabinete de Roosevelt era un órgano consultor. Algunos de los miembros de su Administración tenían una gran experiencia y sus opiniones contaban mucho. Hull y Welles en el Departamento de Estado, Morgenthau en el Tesoro, Stimson y Marshall en el Ejército de Tierra y Knox y Stark en la Armada, cada uno de ellos apoyado por un experimentado equipo, eran algunos de los individuos a los que Roosevelt prestaba más atención. Sin embargo, las decisiones eran exclusivamente suyas. Los controles en este caso, tal y como habían previsto los artífices de la Constitución, no provenían del poder ejecutivo, sino del legislativo. Roosevelt

estaba, y se sentía, limitado por el Congreso hasta un límite que Churchill nunca llegó a experimentar con el Parlamento británico.

Y detrás del Congreso había también una opinión pública a la que tener en cuenta. De los seis sistemas examinados, el de Estados Unidos era el único en el que la opinión de los ciudadanos de a pie constituía un factor de primera importancia en la toma de decisiones. En Gran Bretaña, la opinión pública fue irrelevante en la trascendental decisión de mayo de 1940. Y a partir de entonces, fue guiada en gran medida para que apoyara la línea marcada por el Gobierno y siguió sin contribuir nada o casi nada a la toma de decisiones. La moral de la población era más importante que su opinión. Y gracias a la enérgica retórica de Churchill de verano de 1940, unida a los signos externos del desafío nacional, la derrota de la Luftwaffe en la «Batalla de Inglaterra» y el fracaso de la invasión iniciada por las tropas de Hitler, la moral estaba alta, algo que no debemos subestimar, sobre todo en comparación con lo que había sucedido con su predecesor y lo que podría haber sido con otro primer ministro. En las cuatro variantes de autoritarismo estudiadas, la opinión expresada en público era la que la propaganda y el adoctrinamiento habían fabricado y alimentado. Su función era proporcionar respaldo plebiscitario a la acción del régimen, evitar la formación de actitudes de oposición y de vez en cuando avivar la presión para alentar a los dirigentes a tomar la dirección que en cualquier caso ya querían tomar. Estados Unidos era el único país en el que la opinión pública tenía una clara influencia en la acción ejecutiva. Desde el verano de 1940 hasta el episodio de Pearl Harbor, e incluso hasta la declaración de guerra por Alemania cuatro días después, Roosevelt se sintió obligado a mantener a la opinión pública de su parte. Podía manipularla con sus «charlas junto al fuego» y otras intervenciones públicas, pero no podía hacer caso omiso de ella. Su política en aquellos meses cruciales se vio en gran medida determinada por la necesidad de preparar a la población para algo que ésta no quería y que él había prometido solemnemente evitar: mandar tropas estadounidenses a Europa a luchar en otra guerra.

Sin los individuos cuyos nombres han dominado las páginas precedentes—Hitler, Stalin, Mussolini, Konoe y Tojo, Churchill y Roosevelt—, el curso de la historia habría sido diferente. ¿Pero cuánto? El papel del individuo contrapuesto a los determinantes impersonales y externos del cambio constituye un interrogante perpetuo en la interpretación de la historia. Pero en cierto sentido, plantea una falsa dico-

tomía. Los individuos, tal y como los capítulos anteriores han demostrado claramente, no están separados de las fuerzas impersonales que condicionan sus acciones. El empuje y el potencial económico relativo era una de esas fuerzas, que a su vez imponía restricciones a la movilización de los recursos y los efectivos humanos. El comportamiento del enemigo era otra. Éste sólo podía pronosticarse mediante la recopilación e interpretación de información secreta. Sin embargo, los Gobiernos examinados o bien contaban con una información deficiente o bien hicieron un uso lamentable de los datos rigurosos, o ambas cosas. Y ni siquiera el acceso a la información de mayor calidad, como en el caso de los estadounidenses, que tenían la posibilidad (gracias a MAGIC) de descifrar los códigos japoneses, pudo impedir lo sucedido en Pearl Harbor. Así pues, en todos los casos los Gobiernos tuvieron que reaccionar ante circunstancias impredecibles, especialmente aquellos que actuaban de manera defensiva (Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética) a las iniciativas estratégicas de Alemania, Italia y Japón.

Pero existía otra fuerza impersonal que operaba dentro de cada sistema de gobierno. La planificación y la evaluación burocrática de las propuestas de actuación contribuían al «pre-embalaje» de las decisiones y eran a menudo resultado de luchas internas por la influencia y los recursos dentro de las organizaciones. El alcance de ello era mayor, no obstante, en los sistemas democráticos, estructurados de distinta manera, de Gran Bretaña y Estados Unidos, así como en la extraña forma de «autoritarismo colectivo» de Japón, que en Alemania, Italia o la Unión Soviética, donde las burocracias servían de meros instrumentos activos de la dictadura.

Pese a la existencia de esos factores externos e internos, los individuos que centralizan nuestra investigación no eran piezas insignificantes o meros «testaferros». Su contribución no puede quedar reducida a una función representativa personalizada de dichas fuerzas. Sin duda, el cambio histórico a corto plazo deriva invariablemente de la interacción entre determinantes externos e intervención individual. Las cruciales decisiones analizadas en los capítulos anteriores dan buena prueba de ello.

Los individuos que disponían de mayor autonomía política eran los dictadores de Alemania, Italia y la Unión Soviética. Otros líderes en su lugar podrían haber tomado otras decisiones, si se hubieran evitado los desastrosos cálculos que ellos hicieron. ¿Habría optado un Göring

canciller del Reich por atacar la Unión Soviética? ¿Habría decidido un Badoglio primer ministro invadir Grecia? ¿Habría desoído un Malenkov secretario general el aluvión de advertencias recibidas sobre la ofensiva alemana? Estas preguntas no sólo presentan escenarios improbables, sino que entran en el terreno de la especulación, en el que no es posible encontrar respuestas. Sin embargo, el simple hecho de plantearlas sirve para subrayar lo imprescindible que fueron para la realización de aquellos actos las personalidades de Hitler, Mussolini y Stalin. Aquellas decisiones cruciales venían directamente determinadas por la clase de individuos que eran. Pero al mismo tiempo, no se tomaron en el vacío a modo de arbitrarios caprichos de la personalidad. Fueron elecciones hechas bajo ciertas precondiciones y ciertas limitaciones externas.

Las obsesiones ideológicas eran una parte importante de éstas. Y también las acciones de otras personas, acciones que no podían controlar. En el caso de Hitler, la sensación de que el tiempo corría absolutamente en contra de Alemania—una apreciación acertada—contribuyó a su decisión de llevar a cabo la «Operación Barbarroja» y de declarar la guerra a Estados Unidos. También Mussolini se sentía sometido a una gran presión, en su caso para forjar su propio imperio en el Mediterráneo y los Balcanes antes de que fuera demasiado tarde y estuviera completamente eclipsado por Alemania. El lastre de Stalin era el estado de su Ejército y la conciencia de que no estaría preparado para hacer frente a Alemania con las fuerzas necesarias antes de 1942, de ahí su necesidad de evitar cualquier gesto que se pudiera interpretar como provocación para tentar a Hitler a iniciar la invasión antes de esa fecha. En todos los casos, aquellos individuos hicieron historia, si bien, adaptando un pensamiento de Karl Marx, bajo circunstancias no elegidas por ellos.

En el extremo opuesto de la escala, la personalidad del primer ministro japonés no tuvo una importancia crucial en la toma de decisiones estratégicas. Es cierto que Konoe y Tojo eran individuos muy diferentes. En otoño de 1941, Konoe habría estado dispuesto a contribuir significativamente a apaciguar a Estados Unidos, mientras que Tojo se mostraba inflexible en su rechazo a cualquier concesión a las demandas norteamericanas. Sin embargo, ambos se habían comprometido anteriormente con la misma política de expansión por el sureste asiático al tiempo que se continuaba con la extenuante guerra de China. Konoe se hizo prescindible cuando se mostró dispuesto a abandonar en bue-

na medida aquel compromiso. Matsuoka, el hombre con más personalidad de toda la política japonesa, ya había desaparecido de escena cuando quedó fuera del consenso dominante debido a su inimitable intento de invertir las prioridades existentes. En su momento no logró obtener apoyos y acabó espoleando a sus poderosos enemigos, ansiosos por provocar su caída. Dada la naturaleza consensual de un sistema de toma de decisiones emanadas de las facciones más poderosas del Ejército, el margen otorgado al individuo quedaba necesariamente reducido.

En el caso de las democracias, estructuradas de otra manera, el papel del individuo en la toma de las decisiones cruciales era mayor que en el de Japón, pero probablemente menos importante en comparación con las dictaduras. Al igual que los dictadores, los líderes democráticos operaban sobre la base de sistemas ideológicos de creencias ampliamente aceptados. De hecho, el compromiso ideológico—en este caso con las libertades democráticas y las estructuras políticas y sociales que las sustentaban—era casi con toda seguridad más profundo y más amplio que los valores fascistas y militaristas de Alemania, Italia y Japón o que la visión comunista del mundo de la Unión Soviética.

Sin Churchill, la decisión del Gabinete británico de mayo de 1940 habría podido ir sin duda por otros derroteros, con consecuencias imprevistas. Halifax y Churchill luchaban por alcanzar las mismas metas: supervivencia e independencia nacional. Sin embargo, la elección estratégica de Halifax habría podido dar—y es muy probable que así lo hubiera hecho—un nuevo rumbo a los acontecimientos, posiblemente más perjudicial para Gran Bretaña. Así que fue una verdadera suerte para el país tener a Churchill, y no a Halifax, como primer ministro. La personalidad tenía importancia, pero también la tenía la argumentación razonada. Así tenía que ser. Churchill no era todavía el héroe nacional que acabaría siendo, pero su personalidad se convirtió ya entonces en un factor esencial para la campaña bélica británica.

Es igualmente difícil llegar a sobreestimar la importancia del papel personal de Roosevelt. Sin embargo, el dilema con el que se enfrentó se le habría planteado a cualquier presidente de aquel momento. Su oponente en la campaña para las elecciones presidenciales de 1940, el dinámico y atractivo Wendell Willkie, no era aislacionista. Era tan categórico como Roosevelt en su afirmación de la necesidad de que Estados Unidos combatiera las amenazas procedentes de Europa y Japón

para los intereses norteamericanos y defendía la política de ayuda a Gran Bretaña. En aquel momento había en Inglaterra quienes pensaban que él sería más hábil que Roosevelt a la hora de movilizar la industria estadounidense. Willkie, al igual que Roosevelt, habría tenido que compaginar el ayudar a Gran Bretaña con no perder el apoyo de la opinión de la población y del Congreso. Sin embargo, ante la pregunta de si lo habría hecho tan bien como Roosevelt, si habría tenido la experiencia—y la astucia política—necesaria para lograrlo, como hizo el presidente, si se habría sustraído lo suficiente a la presión del *lobby* aislacionista del interior de su partido, el republicano (que lo había convencido para que denunciara el pacto de los destructores), si habría tenido el pensamiento creativo necesario para idear el sistema de préstamo y arriendo, si habría mantenido la especial relación con Churchill que tan importante fue para la construcción de la alianza... ante todo ello, decíamos, cabe responder con escepticismo. La personalidad de Roosevelt fue tan importante como la de Churchill para determinar el estilo de gobierno que finalmente adoptó, las cruciales decisiones que tomó y la forma en la que las tomó.

Las decisiones a las que se enfrentaron aquellos hombres entre mayo de 1940 y diciembre de 1941 no eran nada envidiables. En todos los casos los riesgos eran enormes. Lo que se presenta en la posteridad como el inevitable curso de los acontecimientos no lo parecía en su momento. Las cruciales decisiones tomadas por los dirigentes de Alemania, la Unión Soviética, Italia, Japón, Gran Bretaña y Estados Unidos en aquellos diecinueve meses cambiaron el mundo.

Después de los acontecimientos examinados aquí, la guerra siguió su cruento curso durante cerca de cuatro años más. El impresionante número de víctimas del combate militar, y del genocidio, aumentó de forma drástica. Durante más de dos años, entre el verano de 1940 y el otoño de 1942, el resultado final no estuvo nada claro. Tanto Hitler como los dirigentes japoneses sabían que las cosas se pondrían en su contra en una guerra prolongada, y eso es lo que sucedió. Pero el combate estuvo muy reñido, mucho más de lo que se suele suponer. Con el tiempo, pero sólo a partir de 1943, pudo vislumbrarse la derrota del Eje, al principio débilmente, después con mayor claridad, y al final con deslumbrante nitidez. La insólita combinación entre una indomable máquina de combate soviética y unos recursos y una determinación sin límites por parte de Estados Unidos acabó asegurando la victoria tanto en Europa como en Extremo Oriente. El valor y la tenacidad de

las Fuerzas Armadas británicas y de las de su Imperio también hicieron una inestimable contribución a la derrota del nazismo y del militarismo japonés. Pero aquella fue la última actuación como gran potencia de una maltrecha y arruinada Gran Bretaña. La disolución del Imperio británico no tardó en producirse, paulatina pero inexorablemente. Las décadas siguientes estuvieron en manos de las nuevas superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, los vencedores de la guerra. Los cimientos de otra eventual superpotencia del futuro, China, quedaron establecidos poco después del gran conflicto al calor de la agitación reinante en Extremo Oriente. Entre unas y otras, los dirigentes de Alemania y Japón habían creado un mundo que era la antítesis absoluta de todo aquello por lo que ellas habían luchado. El coste había sido verdaderamente colosal, pero había merecido la pena pagarlo por ver que el mundo que alemanes y japoneses habían deseado no llegaría a existir nunca.